

INTRODUCCIÓN

El cuerpo bajo sospecha

*Sólo cuenta en la historia individual lo que ha quedado cifrado
en el cuerpo y que por ello mismo sigue hablando, narrando, simulando
el evento que lo inscribió.*

SEVERO SARDUY, *El cristo de la Rue Jacob.*

*Soy la muñeca más hermosa al sur del mundo
conquistadora, colona plástica.
gárgola de la cibernética
macumbera hechizando el indio
Barby sureña soy
descascarada en esta antesala.*

"A TAJO ABIERTO VOY EN PATRIAS"

FRANCISCO CASAS, *Sodoma mía.*

Este libro trata del cuerpo, es decir, de los cuerpos que dan cuenta de su materialidad para responder a las fuerzas de normalización impuestas por el imperativo heterosexual en América Latina. Por esta razón, me interesa distanciarme de las dimensiones metafóricas y alegóricas que históricamente han operado sobre ellos para aproximarme a su condición material. Propongo que la plasticidad de estas materias, tal y como relato a lo largo de este libro, hace posible la revisión y el cues-

tionamiento de sus formas y, asimismo, permite reconducir las maneras en las que la cultura las reconoce. Entender la sexuación del cuerpo como proceso irrefutable e irreversible consolida las condiciones normativas que reproducen su materialización y arraigan su inteligibilidad¹. Sospecho del cuerpo, es decir, de su ‘naturaleza’ material y de las operaciones que se ejecutan sobre él para hacerlo inteligible. Planteo que esta materia es alterable e indiscutiblemente plástica y son justamente la visualidad y la plasticidad, las operaciones cruciales para la corporalización de estos nuevos géneros sexuales.

En las páginas que siguen, abordo las ficciones de artistas y escritores latinoamericanos de sexualidades ‘problemáticas’, de prácticas exhibicionistas, y me centro en la confusión, voluntaria y por demás estratégica, de sus propios cuerpos con sus representaciones. Por lo tanto, me aproximo indistintamente a los cuerpos autorales y a sus autofiguras y producciones, como manera de exponer el complejo movimiento que no solamente organiza su inteligibilidad, sino que también determina su contextura material. Tanto el cuerpo gay como aquellos cuerpos de sexualidades disidentes intervienen su materia, performativa y literalmente, para poder desestabilizar la norma. He decidido trabajar con producciones de hombres de sexualidades ‘problemáticas’ para así explorar cómo sus cuerpos dismantelan la oposición binaria masculino/femenino, relación en la que paradójicamente el último género puede finalizar excluido o, más bien, como término subordinado, aunque no exclusivo, de la ecuación del sexo². Parto de la idea de que una manera de responder y, por lo tanto, incidir en la inteligibilidad de estos cuerpos es precisamente repudiar las metáforas y alegorías que la nación, el Estado y las instituciones —y, en especial, sus inestabilidades y dislocaciones— modelan para controlar y mate-

-
1. De esta idea parte Judith Butler en su libro *Bodies that Matter*, con el principal propósito de demostrar las regulaciones ejercidas por las relaciones de poder en la formación y materialización del sexo y el cuerpo. Como esta materialidad no puede ya concebirse independientemente de la norma reguladora, Butler advierte que el proceso en el que los cuerpos se materializan es operado por el imperativo heterosexual para permitir ciertas identificaciones sexuales y excluir otras.
 2. Judith Butler discute la teoría de Luce Irigaray, quien considera que la economía que pretende incluir lo femenino como término subordinado de la oposición binaria produce lo femenino como exclusión para que tal economía pueda operar (1993: 11). Butler rechaza la idea de que lo “femenino”, según entiende Irigaray, monopolice la esfera de lo excluido: “There are good reasons, however, to reject the notion that the feminine monopolizes the sphere of the excluded here. Indeed, to enforce such a monopoly redoubles the effect of foreclosure performed by the phallogocentric discourse itself, one which ‘mimes’ its founding violence in a way that works against the explicit claim to have found a linguistic site in metonymy that works as disruption” (1993: 21).

rializar los cuerpos. Y es que precisamente el cuerpo ha sido central en las operaciones alegóricas y metafóricas necesarias para el surgimiento de las naciones latinoamericanas. Sospecho de América Latina, de estas operaciones, y exploro la manera en que estos *exhibicionistas* llaman continua y hasta compulsivamente la atención sobre su materia para revertir los controles perpetrados por las culturas nacionales. Mi libro explicita cómo la materialización de estos cuerpos disidentes pasa por la visualidad, entendida como negociación entre visibilidad y cultura visual, para moldearse y ser modelada y, por lo tanto, lograr imponerse ante las tácticas hegemónicas del sexo.

En este sentido, a partir de cinco capítulos centrados en los artistas latinoamericanos Reinaldo Arenas, Salvador Novo, Armando Reverón, Fernando Vallejo y Mario Bellatin —todos autores de sexualidades y vidas privadas disidentes, ‘problemáticas’, extravagantes, ‘indecentes’—, indago en cómo ellos replantean y rechazan las concepciones homogéneas de cultura y nación. Con sus cuerpos en primer plano, estos artistas despliegan complejas dislocaciones e inesperadas intersecciones que trascienden los límites de la oposición binaria y de sus múltiples articulaciones institucionales. Por supuesto, trabajo sobre escritores y artistas que vivieron distintos momentos de la ciudad letrada latinoamericana y sus vidas y cuerpos funcionan de maneras muy diversas y requieren historizaciones particulares. Asimismo, estos autores y la lectura que propongo sobre ellos complican la noción de cultura nacional al considerar la errancia, el exilio, el viaje y la extranjería como espacios y, especialmente, *tiempos* en los que el cuerpo es capaz de desactivar ciertos imperativos propios de la hegemonía sexual.

Sin acceso a una superficie pertinente y autónoma, estas sensibilidades únicamente logran aproximarse a la subjetividad al habitar cuerpos ‘prestados’ e inestables —el cuerpo extranjero, el cuerpo viajero, el cuerpo enfermo—, comprensiblemente incómodos aunque necesarios, para así clamar por formas futuras que corporalicen su deseo. Me ubico en el tránsito material en el que tales sensibilidades buscan representar, rematerializar y sellar novedosas anatomías. A la vez, hago explícitos los límites materiales y por lo tanto representacionales de estas nuevas superficies sexuadas latinoamericanas. En la piel radica, entonces, el comienzo de este movimiento.

I. SOBRE LA PIEL: MATERIALIDAD Y GÉNERO

La asociación entre continuidad y nación produce relatos orgánicos con formas arbóreas cuyas ramificaciones han sido compuestas por cuerpos que se identifican con el principio de reproducción sexual e identidad biológica; la nación requiere alego-

rías somáticas que garanticen su progreso (Nouzeilles, 2000). El cuerpo gay, así como los cuerpos cuestionados a raíz de sexualidades ‘problemáticas’—el transexual, el travesti, el casto, el ‘raro’—, se deben a un deseo reconocidamente infértil, irreproducible, cuya ‘naturaleza disfuncional’ amenaza la continuidad de la nación y la supervivencia. Paradójicamente, su nacimiento discursivo es producto de la institucionalidad médico-criminalística, especialmente con la inclusión del perverso en la lista de enfermos mentales³. Estos cuerpos sexualmente ‘erróneos’, ‘defectuosos’, han sido representados como anatomías indeseables que amenazan el bienestar social, la salud pública, y que deben ser exterminados, material y simbólicamente⁴. No obstante, la explosión discursiva que funda la ciencia decimonónica hace posible la proliferación de sexualidades que, antes inadvertidas, logran tomar la palabra. Al perverso⁵ se le historiza y adjudica una anatomía, un cuerpo del cual carecía⁶.

-
3. Michel Foucault explica tal inclusión: “A través de tantos discursos, se multiplicaron las condenas judiciales por pequeñas perversiones; se anexó la irregularidad sexual a la enfermedad mental; se definió una norma de desarrollo de la sexualidad desde la infancia hasta la vejez y se caracterizó con cuidado todos los posibles desvíos; se organizaron controles pedagógicos y curas médicas; los moralistas pero también los médicos reunieron alrededor de las menores fantasías todo el enfático vocabulario de la abominación (...)” (2004: 48).
 4. En su libro *Sueños de exterminio*, Gabriel Giorgi explora cómo la ficción argentina producida a partir de mediados de los sesenta utiliza el cuerpo homosexual para replicar retóricas, ideas y recursos en torno al exterminio “como si [este cuerpo] fuese una caja de resonancia de esos lenguajes, (...) de la limpieza social y de la ‘solución final’” (2004: 11).
 5. La perversión ha sido definida como desviación con respecto al acto sexual normativo. Además de la homosexualidad, la enfermedad engloba variaciones eróticas tales como el fetichismo, el bestialismo, la pedofilia, el travestismo, entre otras. Antes de Freud, el término se utilizaba para calificar el comportamiento cruel o malvado de un sujeto social. Luego del psicoanálisis, se convierte en enfermedad sexual, precisada como regresión a un estadio anterior al ordenamiento libidinal que ocurre en la infancia (Laplanche y Pontalis, 1994). El perverso ha sido considerado a la vez como enfermo y criminal. Las condenas judiciales y su clasificación patológica lo han definido como un grupo familiar numeroso, vecino de los delincuentes y pariente de los locos. Esta curiosa relación que conjuga locura, delincuencia y sexualidad define las relaciones de poder que sustentan el discurso de tal enfermedad. En 1973, la Asociación Americana de Psiquiatría eliminó la homosexualidad de la lista de trastornos mentales.
 6. Foucault propone que “El homosexual del siglo XIX ha llegado a ser un personaje: un pasado, una historia y una infancia, un carácter, una forma de vida; así mismo una morfología, con una anatomía indiscreta y quizás misteriosa fisiología. Nada de lo que él es *in toto* escapa a su sexualidad. Está presente en todo su ser: subyacente en todas sus conductas puesto que constituye su principio insidioso e indefinidamente activo; inscrita sin pudor en su rostro y su cuerpo porque consiste en un secreto que siempre se traiciona” (2004: 56, el énfasis es de la fuente. De aquí en adelante, salvo que se consigne lo contrario, las itálicas indican que el énfasis es de la fuente).

Estas sensibilidades, por lo tanto, no contentas con la historización normativa, parecen entonces sospechar de toda producción metafórica y privilegiar, así, la materia para refutar las lógicas y tácticas de los dispositivos del poder que obran inmediata y directamente sobre el cuerpo⁷. No resulta ajeno para estas sensibilidades sexuales que desde el siglo XVIII, tal como lo refiere Michel Foucault, el poder sobre la vida se ejecute a partir de esta materia⁸. La revolución de la burguesía desplaza el dispositivo de alianza que la nobleza reproduce simbólicamente para reemplazarlo por el dispositivo de sexualidad, cuya principal preocupación es la de cobrar un cuerpo sexuado como forma primordial de conciencia de clase (Foucault, 2004: 155). Contra la teoría de la represión sexual como signo indiscutible de lo moderno, Foucault propone una sociedad saturada de discursos sobre el sexo donde el saber y el poder se articulan como nunca antes. El discurso produce y transporta poder, en un juego complejo, sofisticado e inestable, pero también tiene la posibilidad de obrar como resistencia y generar condiciones para que las estrategias opuestas se ejecuten. El cuerpo es, sin lugar a dudas, su tablero de juego.

La abyección ha sido clave tradicional para pensar estos cuerpos. Sin embargo, el discurso de lo abyecto implica ambigüedad en torno al cuerpo, se refiere a lo informe, deviene precisamente en la reducción necesaria que fortalece la oposición sexual normativa tras citar una escena de exclusión. Al no gozar de subjetividad, los seres abyectos carecen de género cuestionando en sí mismos la humanidad a partir de semblanzas amenazantes, perturbadoras y monstruosas⁹. En cierto sentido, lo abyecto funciona de manera semejante al concepto de fantasía lacaniana¹⁰, ya

-
7. Gilles Deleuze considera esta idea como un planteamiento esencial en el pensamiento de Michel Foucault: “En revanche, l'idée de Michel que les dispositifs de pouvoir ont avec le corps un rapport immédiat et direct es essentielle” (1994: 62).
 8. Michel Foucault considera que el cuerpo se inscribe en dos dimensiones: como máquina y como especie. De allí los términos de anatomopolítica y biopolítica, concentrados a su vez en la noción de biopoder.
 9. Judith Butler piensa que en estos espacios de abyección –descritos como lugares “inhabitables”– creados precisamente por el repudio del proceso mismo de materialización del cuerpo sexuado, deambulan aquellos seres cuya condición de vivir bajo el signo de lo “invisible” es fundamental para circunscribir la esfera de los sujetos. Los límites impuestos por la materialización del cuerpo, entendida como sedimentación estabilizada a través del tiempo para producir un estado de frontera, producen seres abyectos que no parecen ser generizados y que finalmente cuestionan la humanidad misma a partir de semblanzas amenazantes, perturbadoras y monstruosas (1993: 8).
 10. La teoría lacaniana considera la fantasía como dramatización donde lo que se representa en ningún momento es el objeto deseado, sino la respuesta a las preguntas: ¿qué quieren los otros de mí?, ¿qué quieren ver en mí?

que pese a las reapropiaciones tácticas, parece reforzar la heteronormatividad al hacer del cuerpo una superficie en la que se realiza lo que el imperativo sexual desea ver. Lo abyecto, por lo tanto, genera un discurso de la diferencia que pese a que ha sido funcional para categorizar la otredad, puede paradójicamente reforzar la norma al colocarse fuera del proceso de subjetivación. La abyección, a pesar de las posibilidades de representación que ofrece al cuerpo gay y a otros cuerpos de sexualidades ‘problemáticas’, configura la supremacía del sujeto de constitución heterosexual. Parto del lugar de lo abyecto, entiendo la táctica, mas no lo habito teóricamente.

Por su parte, la crítica latinoamericana ha reflexionado abundantemente sobre cómo estos cuerpos ‘problemáticos’, ‘raros’, son reducidos, estigmatizados, víctimas de la represión y de los poderes de invisibilidad social. En este libro propongo más bien indagar en la capacidad de mudanza, la respuesta, las tecnologías de transformación y alteración a las que estos cuerpos han recurrido en América Latina para desafiar tales controles, para trascender su abyección. Comienzo formulando un par de preguntas que no quiero dar por sentadas: ¿es posible un cuerpo que desafíe la materialidad impuesta por el sexo?, ¿puede la nueva materia desorganizar la oposición masculino/femenino?

Insisto en que mi abordaje de estos cuerpos se produce a partir de su condición material, opuesta a la tradicional concepción de alegoría y a sus múltiples metáforas, y distante de la consideración de la performatividad sexual humana como componente autónomo, desanclado de su materialidad¹¹. Por supuesto, deslindar la materia de los imaginarios, fantasías, ficciones, metáforas, resulta del todo imposible y, por demás, completamente innecesario. No así, repensar la materialidad del cuerpo sexuado. Por lo tanto, su plasticidad me permite desde un principio desafiar la norma y considerar esta materia desde otras lógicas que disputen el binomio cartesiano mente-cuerpo y que den cuenta de que el cuerpo es materia.

En este sentido, la filosofía materialista de Jean-Luc Nancy, la cual entiende el cuerpo como urgencia, constituye una respuesta aguda y provocadora para pensar las producciones de la piel en estos escritores latinoamericanos. Su libro *Corpus* comienza con la aseveración de que si comprendemos a Occidente como una caída, el cuerpo entonces es el último peso, cuyo descenso es, cada vez más, inminente (2003: 11). Nancy propone que el cuerpo es “nuestra angustia puesta al desnudo” como tensión irresuelta entre lo propio y lo ajeno. Ante esto, el filósofo clama

11. Como esta materialidad no puede ya concebirse independientemente de esta norma reguladora, Butler advierte que el proceso en el que los cuerpos se materializan, es operado por el imperativo heterosexual para permitir ciertas identificaciones sexuadas y excluir otras.

por su escritura. Por supuesto, no se trata de escribir sobre el cuerpo o incluso de escribir meramente el cuerpo ya que, como bien recuerda Nancy, estos fueron proyectos centrales de la modernidad. Se trata, más bien, de ejercer su inscripción afuera, propiciar lo que él denomina *excripción*; es decir, su puesta fuera de texto como el movimiento más propio de su texto. Nancy propone una ontología del cuerpo como *excripción* del ser: “Ex-istencia: los cuerpos son el existir, el acto mismo de la ex-istencia, *el ser*” (2003: 19). A su vez, el filósofo propone que el cuerpo no es ni significativo ni significado, es exterioridad, exposición, extensión de la fractura que es la existencia. La *excritura*, entonces, tiene la posibilidad de tocar el cuerpo. Nancy culmina *Corpus* con una afirmación pertinente para los fines de mi libro: “Un cuerpo es una imagen ofrecida a otros cuerpos, todo un corpus de imágenes que pasan de un cuerpo a otro (...)” (2003: 83). Por lo tanto, en este libro me interesa pensar cómo el cuerpo depende de esta tensión, de esta cadena de cuerpos enlazados por imágenes. Esta tensión, este “entre-los-cuerpos” como “tener-lugar de imágenes” da cuenta de cómo las imágenes son el modo en que los cuerpos se ofrecen entre sí, son su puesta en el mundo, su puesta en el borde (Nancy, 2003: 82-83).

Sin embargo, resulta importante advertir dos condiciones que con recurrencia anuncia el filósofo francés. Por un lado, Nancy asegura que, con relación al cuerpo, hay una promesa de callarse, “no tanto de callarse «a propósito» del cuerpo, como de callarse del cuerpo, de sustraerlo materialmente a las marcas significantes: y esto; *aquí, en la mismísima página de escritura y de lectura*” (2003: 39, el énfasis es de la fuente). Sospecho del silenciamiento del cuerpo de la escritura, en especial de cuáles cuerpos son silenciados y cuáles no lo son. Como Nancy, sostengo que, de cierta manera, una escritura o *excritura* debe enviar el cuerpo hacia fuera. Además, Nancy mantiene que no hay totalidad de cuerpo, no hay unidad sintética: “Hay piezas, zonas, fragmentos (...) un pedazo después del otro, un estómago, una ceja, una uña de pulgar, un hombro, un seno, una nariz, un intestino delgado, un canal colédoco, un páncreas (...)” (2007: 27-28). Es decir, el cuerpo constituye una colección de partes. Y la escritura al devenir *excritura* rematerializa el cuerpo.

Asimismo, esta materialidad que parte de la escritura –la cual no es otra cosa más que materia y que está tradicionalmente ligada al cuerpo–, se asocia con otra dimensión, la del género sexual, entendido éste como continua negociación en desarrollo y nunca terminada entre sujeto y contexto (Tripp, 2000: 10). De acuerdo con Anna Tripp: “gender is not something we are born with –or even something that can be acquired once and for all– but is rather the effect of a series of ongoing negotiations between subject and context which are never settle or complete” (2000: 10). Pese a que concuerdo con esta aseveración, insisto –como bien lo ha demostrado Butler– que el género está anclado en una materia que incide de manera definitiva en su per-

formatividad. La definición de Tripp, al invocar al sujeto, parece obviar que la subjetividad está, a su vez, íntimamente enlazada con el género sexual. La formulación del concepto de género cancela el vínculo automático y la correspondencia ‘natural’ entre cuerpo sexuado y sexualidad¹². Ir más allá de la oposición binaria da paso a una amplia gama de sexualidades que no sólo ha hecho que el género se multiplique, sino que a su vez, cobre cuerpos. Si los géneros han proliferado, igual debe de haber sucedido con los cuerpos.

El libro de Judith Butler *Bodies that Matter* surge a raíz de las críticas que en relación al cuerpo suscita su predecesor, *Gender Trouble*¹³. Aparentemente, Butler había ignorado al cuerpo e incluso, dejándose llevar por su concepto de performatividad del género y por la reversión que hace de su causalidad, sumergía la materia, dejándola a un lado, no le daba mayor importancia a la materialidad del cuerpo¹⁴. A propósito de estos argumentos, en su introducción a *Bodies that Matter* considera las importantes dificultades que afronta al querer centrarse en la materia¹⁵ e incluso, en su libro *Undoing Gender*, Butler confiesa no ser una buena materialista ya que, a pesar de sus muchos esfuerzos por hablar del cuerpo, siempre termina hablando de la lengua¹⁶. En este sentido, las críticas a *Gender Trouble* parecen partir

-
12. Al cancelar esta correspondencia es posible desnaturalizar al género sexual. La alianza del feminismo con el psicoanálisis es una relación estratégica de cara a este cometido, “what feminism may have to gain from an alliance with psychoanalysis is the possibility of viewing femininity as neither a set of natural attributes nor a cultural *fait accompli*, but rather as a laborious and sometimes bungled acquisition” (Tripp, 2000: 9-10, el énfasis es de la fuente).
 13. Otros artículos como “How Can I Deny That These Hands and This Body Are Mine?” han sido leídos igualmente como respuestas a sus críticos. Pese a que Butler ha insistido en abordar la dimensión material del cuerpo, a sus críticos no parece quedarles claro, “Given some responses to *Bodies That Matter*, I am not sure that those who thought *Gender Trouble* dissolved the body and the subject into language have been convinced by Butler’s reformulation and careful articulation of the discourse practices formative of materiality, bodies, and subjects” (Hollywood, 2006: 253).
 14. En un exhaustivo estudio que enfatiza la dimensión teórico-política del pensamiento de Butler, Samuel A. Chambers y Terril Carver comentan la sostenida oposición de los críticos al tratamiento del cuerpo en la obra de Judith Butler (2008: 53). Ver Tyler, Fraser, Rottenberg, Schneider, Hollywood.
 15. Butler se refiere a este problema desde el mismo comienzo de su prefacio. La primera oración dice: “I began writing this book by trying to consider the materiality of the body only to find that the thought of materiality invariably moved me into other domains” (1993: ix). No obstante, a partir de esta dificultad, Butler comienza a pensar que la resistencia a centrarse en el tema puede ser esencial para el material que estudia.
 16. Butler afirma: “I confess, however, that I am not a very good materialist. Every time I try to write about the body, the writing ends up being about language” (2004: 198).

de su decidida intención de romper con la idea de que, a diferencia del género, el sexo es lo único biológico, natural¹⁷. No solamente Butler reitera que el género es discursivo, sino que el sexo no lo puede preceder, ya que la única manera de aproximarse al sexo es a través del primero: no hay posibilidad alguna de acceder al sexo que no esté mediada por el género¹⁸. Para Butler, el sexo, y por lo tanto el cuerpo, es de por sí una categoría generizada que no está fuera del género ni lo causa y, a pesar de esto, tampoco puede reducirse a la dimensión del género¹⁹.

El sexo, entonces, no precede al género, ni es una condición simple y estática de un cuerpo²⁰. Es, por el contrario, un proceso que implica su propia materialización en vir-

-
17. Chambers y Carver analizan cómo Butler llega a esta idea y, en especial, cómo las apreciaciones críticas sobre el cuerpo en la obra de Butler se basan en el rechazo de los críticos a este concepto: ¿si no hay distinción entre el género y el sexo, de qué vale el sexo?, ¿qué importancia tiene el cuerpo?: “This (...) proves to be exactly what most worries her critics. If there is no sex, then what about the body? If gender is ‘nothing more’ than its enactments, then can anyone be a woman? And how would we know who really is?” (2008: 61).
 18. Chambers y Carver destacan esta idea de Judith Butler sobre otras muy popularizadas de su obra y, para ello, hacen un minucioso análisis a través del que explican cómo Butler trasciende la noción de sexo/género que lee en Simone de Beauvoir –la cual sostiene que el sexo, a diferencia del género, es naturaleza–. El análisis insiste en que la clave de Butler para plantear la discursividad del género y revertir su causalidad radica en su detenida, aunque también limitada, lectura de una argumentación de Michel Foucault sobre el sexo. “The combined yet fundamentally transformed thesis that we can only arrive at the construct of sex by way of the contingently produced concept of gender –*this* is Butler’s most significant contribution to thinking sex/gender/body” (2008: 59, el énfasis es de la fuente). Butler, por su parte, argumenta que si se pensara que el género es la construcción social del sexo, entonces éste llegaría a ser algo semejante a la ficción dado que el acceso al sexo es únicamente posible a partir del género (1993: 5).
 19. Nuevamente, Chambers y Carver hacen esta consideración y con ella, sintetizan el planteamiento butleriano de la tríada cuerpo, sexo y género, “[Butlerian theory of sex/gender consists in] (...) two points simultaneously: (1) always stressed by Butler, sex is itself gendered and thus sex does not lie outside gender norms or causality produce them, but is instead a product of these norms, and (2) not often emphasized or made clear by Butler, sex cannot be reduced to gender” (2008: 53).
 20. Anne Fausto-Sterling en su libro *Sexing the Body*, demuestra cómo el sexo es un efecto cultural. Se centra, especialmente, en cómo los profesionales de la salud, la medicina, la biología, intervienen en la materialidad del cuerpo de acuerdo a concepciones completamente culturales. El libro confirma cómo las *verdades de la sexualidad humana* creadas por académicos y, en particular, biólogos “are one component of political, social, and moral struggles about our cultures and economies. At the same time, components of our political, social and moral struggles become quite literally, embodied, incorporated into our very physiological being” (2000: 5). Fausto-Sterling propone modificar el postulado de Halperin, “la sexualidad no es una realidad somática, es una realidad cultural”, por “la sexualidad *es* una realidad somática *creada* por un efecto cultural” (2000: 21, mi traducción).

tud de las normas reguladoras producidas repetidamente a través del tiempo. La performatividad del género, por lo tanto, debe entenderse como una práctica reiterativa y referencial con la que el discurso produce lo que él mismo nombra (Butler, 1993: xii). Estas ideas marcan el camino material que siguen las normas reguladoras del sexo en su esfuerzo por consolidar el imperativo heterosexual. Pese a esto, es la compuerta que abre Butler en torno a la reformulación de los cuerpos, el punto que más me interesa destacar de su pensamiento. El cuerpo, pues, tiene la posibilidad de retornar y contestarle, con su propia materia, a las normas reguladoras que producen su exclusión.

Butler se interesa por cómo lo desterrado y repudiado de la esfera del sexo, puede retornar no sólo investido de oposición imaginaria, sino como una desorganización que rearticula radicalmente el horizonte simbólico en el cual hay cuerpos que importan más que otros²¹. El sujeto se crea, entonces, a partir de una escena de exclusión que a pesar de que se produce fuera de él, se interioriza como propio “repudio fundacional” (Butler, 1993: xiii, mi traducción). Para el presente libro resulta clave el movimiento descrito por Butler de cómo lo desterrado y excluido de la esfera del sexo –y por lo tanto, del proceso de subjetivación– retorna, en un tránsito insospechado que rearticula su materia. Darle cuerpo a este retorno, entender que estas re-vueltas son eminentemente materiales y temporales –donde la visualidad, la voluntad de exhibirse y la representación ficcional desempeñan un papel fundamental– y que el retorno depende de la plasticidad propia de los cuerpos, lo cual resulta central para su inteligibilidad, es a mi manera de ver el propósito y principal aporte de este libro²². En este sentido, expondré a continuación los tres estadios que considero claves a la hora de entender y activar el retorno de los cuerpos.

Propongo (1) el viaje y la extranjería, (2) la enfermedad y (3) el archivo como tres circunstancias complejas que inciden en la política de estos cuerpos en América Latina. Igualmente, debo advertir que de cara a la conclusión de este libro, me interesa esbozar la noción de cuerpo-tiempo como producción reflexiva a propósito de estas materias sexuadas en América Latina. Pero antes de aproximarme teóricamente a estas tres circunstancias que inciden materialmente sobre el cuerpo, hago a continuación explícitas mis expectativas en torno al concepto de plasticidad evocado desde un comienzo. Considero que tal noción, la cual no está asociada a la materialización del cuerpo pese a su origen, resulta decisiva a la hora de pensar y

21. *Bodies that Matter* plantea en inglés un juego de palabras que superpone la importancia con el proceso de materialización. Butler sostiene que, sin duda, se sedimentan los cuerpos que *verdaderamente* importan (1993: 23).

22. A pesar de que Butler plantea que el propósito de su libro es explicar cómo se lleva a cabo este retorno, considero que no encuentra la manera de articularlo.

escribir las posibilidades materiales de estas extensiones anatómicas y de mi propio discurso sobre el cuerpo.

2. LA PLASTICIDAD

La filósofa francesa Catherine Malabou diseña el concepto de plasticidad para repensar la noción de tiempo en Hegel. La teoría de Malabou constituye una compleja disertación que, a grandes rasgos, sostiene que la dialéctica hegeliana está motivada por su deseo, promesa, de transformación. Para ello relea las nociones de futuro, tiempo y temporalidad en la filosofía de Hegel, lectura que difiere de la tradición, especialmente de aquella que paradójicamente le ha *dado forma* al concepto hegeliano de tiempo²³. En razón de esto, no solamente considero que la implicación sintética²⁴ del término puede replantear las ideas sobre la materialidad del cuerpo, sino también sospecho que el cuerpo, y por lo tanto el sexo, son materias plásticas en el tiempo, cuyo futuro ya está inscrito/escrito en ellas.

Al revisar sus implicaciones y trabajar la plasticidad como término, Malabou advierte que tanto en francés como en inglés y su equivalente en alemán –y, agregó, también en castellano– la palabra implica una duplicidad, “dar forma, recibir forma” (2000: 203, mi traducción)²⁵. Las acepciones comunes de la palabra como sus-

23. Tal como señala Jean-Paul Martinon, Malabou no sólo reevalúa radicalmente la interpretación que Heidegger hace de Hegel, sino también la propuesta de tres autores prominentes de los estudios hegelianos en Francia: Jean Hyppolite, Alexandre Kojève y Alexandre Koyré (2007: 30).

24. A juicio de Martinon, con el término de “plasticidad”, Malabou plantea una operación sintética –materialización, metamorfosis– de “two negativities –dialectical negativity and de(con)structive negativity, or as she says, ‘non & non’– that points the *différance* of *différance*” (2007: 31-32).

25. Malabou afirma: “The English and French substantives ‘plasticity’ or *plasticité* and their German equivalent, ‘Plastizität,’ entered the language in the eighteenth century. They joined two words already current, which had been formed from the same root: the substantive ‘Plasticity’ (*die Plastik*), and the adjective ‘plastic’ (*plastisch*). All three words were derived from the Greek *plassein*, which means ‘to model, to mould.’ ‘Plastic,’ as an adjective, means two things: on the one hand, to be ‘susceptible to changes of form,’ malleable-clay is a ‘plastic’ material- and on the other hand, ‘having the power to bestow form, the power to mould,’ as in the expressions ‘plastic surgeon’ and ‘plastic arts.’ This two fold signification is met again in the German adjective *plastisch*. Grimm’s dictionary defines it thus: ‘that which takes or gives shape, or figure, to bodies’ (*körperlich... gestaltend oder gestaltet*). *La plasticité*, or ‘plasticity,’ just like *Plastizität* in German, describes the nature of that which is ‘plastic,’ that which is at once capable of receiving and of giving form” (2000: 203).